

El ascensor

Me levanté, como siempre, a las seis y media de la mañana; antes había oído el despertador a las seis y veinte, como todos los días, y había disfrutado de ese duermevela hasta que sonó otra vez; me levanté como un autómatas, sin pensar apenas, y enfundé mis pies en las zapatillas que me esperaban sobre la alfombra. Era el momento de hacer mis ejercicios de abdominales y, como siempre, los dejé para más tarde. Para desayunar, una naranja y luego café con leche y galletas con mantequilla. Entre medias, un vaso de agua fresca, y luego el pitillo, el mejor cigarro del día. Me afeité y me duché, como siempre. Me vestí: camisa blanca, corbata azul, traje gris marengo, calcetines y zapatos negros, como siempre. Los calzoncillos, blancos con rayas rojas. Ya no hice mis ejercicios de abdominales, los haría al día siguiente. Miré el reloj. Dos minutos. Encendí un pitillo, le di tres caladas y lo apagué. Cerré la puerta con llave, al salir, y llamé al ascensor, que ya bajaba. Al abrir la puerta estaba ella, como todos los días. Ella es la vecina del piso decimosexto, yo vivo en el catorce. Bella, como siempre, aquel día vestía una falda negra, pocos centímetros por encima de las rodillas, que miré a hurtadillas unas décimas de segundo para comprobar que eran perfectas, como ya sabía, y un jersey de color fucsia con un escote amplio que dejaba sus hombros a la vista. La miré al tiempo de decirle un ¡buenos días! de lo más cariñoso. Me respondió con un susurro, separando apenas sus labios sensuales, y luego me dedicó una amplia sonrisa mientras me miraba. Piso doce. Sus ojos de gata acariciaron los míos, que se encogieron ante tanta belleza. Era el rito diario. Cuando apartó de mí su mirada, en el séptimo piso –aquel día la mantuvo más tiempo que de costumbre– yo deslicé mi vista por todo su cuerpo para grabar su imagen en mi mente. Piso sexto: me mira de nuevo, le sonrío con mi mejor sonrisa y ella abre la boca para decirme algo, pero se detiene. Me sonrío y su vista me recorre en un suspiro. Quinto piso: sus manos se acercan a mi cuello y mi corazón late como loco. Me arregla la corbata y mi corazón, decepcionado, se tranquiliza. Planta baja: ¡hasta mañana! nos decimos y la dejo pasar.